

El Rescate

En Camagüey, la legendaria región de nuestra república, cuna de patriotas de inmarcesible fama, se descubre hoy la imagen que perpetúa en bronce y granito el recuerdo de las épicas hazañas de aquel grande entre los grandes, genio militar de su tiempo é incorruptible patriota que en el mundo de los vivos se llamó Ignacio Agramonte y Loynaz.

Para el acto que será de fijo, de perdurable recordación en todos los corazones cubanos, escribió el ayudante del gran guerrero, cuyo recuerdo se mantiene latente en nuestro cerebro, Sr. Ramón Roa, —recientemente desaparecido también,—los siguientes breves conceptos como él los llamó y que **EL DIA** se complace en transcribir para sus lectores, ayudando con su difusión á que sea mayor el culto, que todos los que nacimos en esta hermosa tierra del trópico, debemos á los que ofrendaron como el Mayor Agramonte y Loynaz, hacienda y vida en holocausto de las libertades patrias.

He aquí parte del brillante artículo del extinto Ramón Roa:

“Tras larga peregrinación, allá por otros climas y en lejanas tierras, satisfecho y contento de escuchar en todas partes el eco del rumor de nuestras playas repitiendo las alabanzas que propios y extraños entonaban en loor del cubano Ignacio Agramonte Loynaz, me cupo en suerte poner la planta en este Departamento, para conocer y admirar á nuestro héroe. Y aquí, en aquel entonces, sin mando en el ejército, sin cargo

público que desempeñar, por haberlos resueltamente renunciado; debido á causas originadas, sin duda, tanto en la ignescente susceptibilidad de su carácter, que de recto saltaba á lo impulsivo, como en la inexperiencia de la nueva vida, agitada y terrible, en que entró el país, y de la cual resentíanse el improvisado gobierno y los recelosos subalternos, por obra quizá de quijotesca quisquilla; aquí, paseábase á guisa de caballero andante, el bravo general, con poco más, algunas veces, de una docena de hombres, contados sus ayudantes y soldados de su escolta, buscando incesantemente al enemigo para hostilizarle y batirle, sin que le arredrase su número mientras hubiese municiones; y aquí, por último, él resurgió disciplinado y magnánimo, reprimiendo su nativa altivez y sus geniales impulsos, triunfo glorioso y sin igual, que realizó sobre sí mismo, gracias á su voluntad de hierro, á su propia reflexión y á su inagotable patriotismo.

“A un comandante de caballería, joven apuesto, valiente en alto grado, y tan bien querido de él como de todos sus compañeros, le motejó el Mayor, acerbamente y por escrito, que sin mediar la celebración del contrato matrimonial de ley y en uso, indujese á abandonar la casa materna, concertando su evasión, á una garrida muchacha con quien sostenía relaciones amorosas; echándole en cara desde luego que agravaba su conducta la circunstancia de ser él **Jefe de la Zona** en que cometió la falta, la cual daba al asunto un aspecto tan ajeno á to-

do escrúpulo de hacer el mal, como el de **prevalerse de su posición oficial** y de las escaseces de la situación, para hacer desgraciada á una cubana, sobre todo, allí, donde no había para que asirse del manoseado argumento de deslindar la vida privada; porque semejante dualismo no debía existir en los campos de la Revolución, en donde la vida no era, ni podía ser otra, que la vida única del patriota, obligado—siendo Jefe con mayor motivo—á dar siempre, á todas horas, buenos ejemplos que imitar. El comandante, comprendiendo las razones de su enojado superior jerárquico, en la primera oportunidad—por cierto que se la ofreció, en presencia del mismo Mayor, el reñido encuentro de la Soledad de Pacheco—, se lanzó, machete en mano, entre las filas enemigas, desafiando la muerte, como medio posible de alcanzar la absolución de la pena moral en que había incurrido: la temida reprimenda del Mayor, que, aunque suave en la forma y en privado, habría de ser en el fondo razonada, severa y contundente.

Y este gran Agramonte, el triunfador del Rescate, en donde el heroísmo temerario del patriota dominó la suerte, dispersó al enemigo y encadenó el éxito, el cual pocas veces como ésta mereció el inmarcesible laurel de la victoria; el luchador que desde Altagracia y Bonilla, siempre en desigual porfía, hasta la soledad de Pacheco, Molina y el Rosario, dejó asentada su reputación de valeroso soldado y la fama de su irresistible caballería, al frente de la cual se lanzaba hasta perderse entre

las filas enemigas; el que una vez, gracias á los capitanes Luis Mola y Fructuoso Larrieta, no pereció por su marcial codicia, digámoslo así, al abalanzarse personalmente armado de un ligero espadín, ganoso de rendir á un guerrador del templo de Setián, apellidado **El Tigre** entre sus conterráneos los astures; él, en vez de haber muerto, como pudo y debió lógicamente caer en esas reñidas jornadas, vino luego á encontrar la muerte en el campo de Jimaguayú, en lo que fué poco más de una escaramuza, estando por primera vez separado—porque así lo quiso y lo dispuso—de su Médico de Estado Mayor, el insigne doctor Antonio L. Luaces; de su secretario; de sus demás ayudantes y de su escolta, exceptuando cuatro números, un ordenanza y un asistente; circunstancias adversas, no obstante las cuales, su natural impetuosidad no le consintió contenerse al ver cercana la descubierta enemiga, y fuese sobre ellos con su reducida hueste, tal vez decidido á probar la hoja toledana que cinco días antes arrancó el capitán **Chucho Correa** de la crispada mano del teniente coronel Abril, jefe español que con su vida y las rotas de sus flamantes escuadrones pagó la resistencia que le opuso el día del Rosario y de Molina!...

¡Arcanos de la suerte! No quería Agramonte comprometerse en una acción formal con su caballería, antes dejando á la infantería la fácil tarea de hacerle bajas para obligar al enemigo á retirarse, porque catorce días después debía asistir con aquellas aguerridas y marciales fuerzas á una junta de generales, á la que fué invitada con el objeto, según después se supo, de recabar aquéllos su nom-

bramiento de General en Jefe del Ejército, plaza que estaba vacante, con menoscabo del servicio. Por eso, minutos antes de la catástrofe había despachado sucesivamente á los dos únicos ayudantes que había mandado le siguieran en el primer momento, Rafael y Baldomero Rodríguez, y su ordenanza Diego Borrero, á comunicar y reiterar órdenes á las fuerzas montadas, para que se retirasen á Guayabo, en donde más tarde se le incorporarían, tomando él distinto camino con sus infantes, para converger sobre el mismo punto.

Su fama merecida le había hecho acreedor, en el concepto de los demás generales, á la más alta dignidad del Ejército y á tan espinoso mando; porque el rescate de Sanguily, si no salvó, por lo menos alivió eficazmente en aquella época la difícil situación, no ya del Camagüey, que era poco menos que desesperada, sino la de la Revolución en su conjunto, puesto que trastornó los planes del enemigo poniéndole en cuidado, y produjo una reacción en el elemento cubano, que se retorció en las poblaciones y zonas militares enemigas; porque, á favor de estos chispazos de victoria, sintió redivivo su espíritu patriótico.

Bien recuerdo el efecto maravilloso que causó en Oriente aquel parte oficial dado al Gobierno por el general Agramonte, tan concisa y modestamente redactado. Se limitaba á decir que, prisionero del enemigo el brigadier Sanguily, distinguido militar y cumplido compañero, se dispuso á rescatarlo, contando para ello con 35 hombres montados, únicos que tenía pronto para todo servicio, á causa del cansancio de las caballerías despeadas en las últimas recientes

operaciones; que seguido el rastro del enemigo, en número de 120 infantes, destacados de una cercana y numerosa columna, mandada por D. Sabas Marín, en el pozo de La Esperanza, ó "Toño Torres", tuvo lugar el encuentro, y después de una impetuosa carga, fué rescatado el brigadier Sanguily, herido en una mano, aunque afortunadamente, el caso no era de peligro.

Sin duda, este hecho, por sí solo grandioso, legendario, realizado en una época de incomparables penurias; y la forma breve, sencilla, natural, de comunicarlo, magnificaron el concepto, ya elevado, que de un extremo á otro de nuestra castigada tierra venía disfrutando el general Agramonte, tenido por gloria y esperanza de la patria, pues por ella había trabajado con su brazo y con su cerebro bien equilibrado, al borrar, ante todo, con exquisito tacto, el arraigado vicio del regionalismo; militarizando á camagüeyanos y villareños, que se confundían fraternalmente para aclamarle y quererle; estudiando y proponiendo un plan de invasión hacia Occidente en lo de Enero de 1873, y dejando, como una SIEMPREVIVA, su ejemplo moralizador y confortante, para que su muerte, en vez de desaliento, trajese, como aconteció, ansias de honrar su nombre con las armas.

Séame permitido ahora citar un detalle de la función de armas del Rescate, ya que me es necesario para terminar. El bravo joven americano H. M. Reeve, su apasionado discípulo, fué el escucha escogido por el Mayor para explorar á la hasta entonces feliz columna aprehensora de Julio Sanguily, y al efecto le previno que procurase ver y no ser visto, para que le diese aviso de la po-

sición en que estuviese el enemigo y la clase de tropa de que se componía. No tardó Reeve en comunicar á su General que el prisionero iba atado de brazos sobre un caballo, y que, sedientos los españoles, apresuradamente se arremolineaban, ávidos de beber, alrededor del pozo del potrero La Esperanza.

Con esta noticia, sin salirse de la arboleda que sombreaba un recodo del camino, el General llamó á su Estado Mayor, ayudantes y oficiales, y con ademán enérgico, aunque sigilosamente al primer momento, les dijo, por lo bajo, lo que ellos ignoraban. Oigámosle:

—El brigadier Sanguily va prisionero de esa columna. Es preciso, ahora mismo, rescatarlo, vivo ó muerto.

Y volviéndose á quien casi petrificado le miraba de hito en hito, como pidiendo órdenes, le dijo bruscamente: “¡Trompeta: toque usted degüello!”

Su estentórea voz de mando; el agudo y penetrante toque del clarín; el estrépito de las caballerías pugnando entre sí por tomar la delantera, y el titilar de los aceros en las diestras, produjeron simultáneamente tal confusión y azoramiento entre los desconcertados enemigos, que no acertaron á defender su presa, antes dejaron arrebatarla, y muchos de los que las custodiaban quedaron acuchillados en el campo...

La citada arenga, más concisa aún que el parte oficial de la refriega, fué digna del grande hombre que otro día, en memorable frase, y con homérica expresión, revistió de acero—digámoslo así—para hacerlo inexpugnable, nuestro último baluarte: la VERGÜENZA!!...

Ahora bien; el lema de la marina de guerra de los Estados Unidos de América es la consagración de la última orden que el heroico capitán Lawrence dió á los suyos en el combate naval en que perdió la vida: “¡No rindáis el barco!” (Don't give up the ship!) Y yo humildemente propongo que si estáis de conformidad, recabéis de los poderes públicos que, como ley de la Nación, en la bandera de cada regimiento de caballería de la República de Cuba se inscriban, como el lema de esta arma del Ejército, que los ha de llevar á donde quiera que el deber militar los llame, estas imperecederas palabras de Agramonte, espejo de Cuba heroica: “¡¡TROMPETA: TOQUE USTED DEGÜELLO!!”

Ramón ROA.

